

las hordas del Sultan, ya que éste nos invita y ya que Dios secunda nuestros proyectos. Ya que conseguimos el favor celestial, inclinemos la frente y doblemos las rodillas; recemos para que el Espíritu Santo descienda hasta nosotros.

CROMWELL se arrodilla; todos le imitan. Momentos de silencio y de recogimiento.

SYNDER. (Bajo á OVERTON y á GARLAND.) Ahora que todos están arrodillados, con las espadas en el suelo y distraídos, ¿por qué no nos arrojamus sobre él?

GARL. Ahora no. ¡Matarle cuando está rezando!

SYNDER. Pues qué hacemos?

GARL. Rezar también por que Dios le pierda. Que elija Dios entre las dos oraciones.

CROM. (Levantándose.) Vamos!

Todos le imitan. El CONDE DE WARWICK avanza con pasos lentos y mesurados hácia el Protector, pone una rodilla en tierra y le presenta el manto real guarnecido de armiño.

WAR. Dignaos vestir esta púrpura, milord.

Con la ayuda de WARWICK, CROMWELL se pone el manto real.

OVERT. Se cubre ya con la mortaja.

GARL. Es del color de escarlata de la prostituida Tyro.

WILD. Tarda mucho en caer el rayo!

CROMWELL, con la púrpura, de la que LORD ROBERT sostiene la cola, avanza hácia el trono. El CONDE WARWICK le precede con la espada en alto; LORD CARLISLE le sigue con la espada inclinada hácia el suelo.

MIL. (Con voz de trueno.) ¡Cromwell, ay de tí!

CROM. (Volviéndose.) Quién habla?

MIL. Acuérdate de los idus de Marzo.

OVERT. (A MILTON.) No divulgues nuestros secretos.

CROM. Milton, explicaos.

MIL. MANÉ, THÉCEL, PHARÉS.

CROMWELL le mira con desprecio y sube al trono.

OVERT. Sube al trono! Respiro.

GARL. Estemos alerta.

CROMWELL se sienta en el trono. Se coloca á su lado WARWICK y CARLISLE detrás del sillón; THURLOE y STOUPE á los lados. El LORD CORREGIDOR, seguido del Ayuntamiento, avanza hasta el pié del trono con el almohadon que sostiene la espada; sube algunos escalones, pone una rodilla en tierra y presenta la espada á CROMWELL.

CORREGIDOR. Lord Oliverio, recibid de nuestras manos esta espada. No en la fragua, sino en la frente de los tiranos, un pueblo entero ha forjado este acero. La hoja tiene dos filos, para que pueda servir como espada de la justicia y como espada de la guerra. Para que á la vez, terrible en el combate y en el templo, brille en las manos del soldado y flamee en las manos de Dios. La honorable ciudad de Lóndres os la entrega.

CROMWELL se ciñe la espada, la desenvaina, la blande, y despues se la devuelve á LORD CORREGIDOR, que la envaina y se retira.

WHIT. (Se aproxima á CROMWELL con el mismo ceremonial.) Milord, aquí teneis los sellos.

CROMWELL toma los sellos; despues se los devuelve á WHITELOCKE, que se retira. El ORADOR DEL PARLAMENTO, con los oficiales de la Cámara de los Comunes, avanza llevando la Biblia.

ORADOR. Milord, aquí teneis el libro.

CROMWELL toma la Biblia, el ORADOR se retira. El general LAMBERT, pálido é inquieto, se aproxima llevando la corona en un rico almohadon de terciopelo carmesí. OVERTON se coloca cerca de él.

LAM. (Arrodillado en las gradas del estrado de CROMWELL.) Milord...

OVERT. (Aquí estoy yo, valor!)

LAM. (A milado!) Recibid la corona..

OVERT. (Sacando el puñal y en voz baja á LAMBERT.) (Y la muerte.)

Todos los conjurados que están entre la multitud llevan la mano á los puñales.

CROM. (Como despertándose sobresaltado.) ¡Deteneos! Qué significa esto? ¿Por qué dar-me la corona? Quién me la dá? ¿Con qué derecho vienen á confundirme con los reyes? ¿Por qué escandalizar así nuestras fiestas religiosas? ¡Coronarme á mí, que hice caer la cabeza de los reyes! Milores, amigos, hermanos, que me estais escuchando; no he venido aquí para ceñirme la diadema, sino para que el pueblo corrobore mi título, para que rejuvenezca mi poder, para que renueve mis derechos. La escarlata sagrada está teñida dos veces; su púrpura pertenece al pueblo, y yo la recibí de él con lealtad, pero ni le he pedido ni quiero la corona real; que yo no daría uno solo de mis cabellos, que han blanqueado sirviendo á Inglaterra, por todos los florones de los príncipes del mundo. Quitad de mi vista y llevaos ese juguete ridiculo que halaga la vanidad. Me conocen muy mal los que quieren afrentarme coronándome. He recibido de Dios lo que ellos no me pueden dar, un dón imperdible, el de ser dueño de mí mismo. El que es hijo del cielo no puede dejarlo de ser: por eso el universo está envidioso de nuestras prosperidades, y el pueblo inglés es un pueblo escogido. La Europa es el humilde satélite de nuestra isla; todo cede á nuestra buena estrella: parece que el Señor nos haya dicho: "Inglaterra, sé grande y serás mi hija predilecta." El Señor nos colma con abundantes bondades, y cada dia que acaba, cada dia que amanece, añade un eslabon de oro á nuestra cadena inmensa. ¡Y me atrevería yo á ir contra Dios, que nos concede una suerte privilegiada



RECIBID LA CORONA
Y LA MUERTE

entre todas las suertes del mundo! ¡Me atrevería á hollar el derecho del pueblo escogido posponiendo su interés al mio! ¿Creeis cogirme con el anzuelo de una vana diadema? Ingleses, yo he destrozado una corona en otro tiempo, sin haber llevado nunca ninguna, y sé bien lo que pesa. No quiero cambiar por una corte el campamento que me rodea, ni la espada por el cetro, ni el casco por la corona; no soy tan niño! Construirme un trono es cavarme una tumba. Cromwell sabe que el que sube ha de caer. Ah! ¡lleaos ese símbolo execrable y odioso! Tened piedad de mí, hermanos, en vez de envidiar al Protector, porque siento ya al peso de los años debilitarse mis fuerzas y que está próximo mi fin. Hace ya mucho tiempo que estoy atado al poder; estoy viejo y cansado y necesito reposar. Cada día suplico á la bondad divina, dándome golpes de pecho, que aparte de mi pensamiento el vano orgullo de querer ser rey, y voy á llamar, para que lea en mi alma, á un teólogo que sea lumbrera de la Iglesia para consultarle sobre este punto. Debo rendir cuentas al Altísimo de vuestra libertad, y quiero, siguiendo su ley como mi ley suprema, cumplir lo que dice el psalmo doce.

Grandes aclamaciones y aplausos. Las palabras de CROMWELL han disipado poco á poco la hostilidad que el pueblo y los soldados sentían hácia él, hasta el punto de hacerles entusiasmar. Estupor en el Parlamento y en el séquito del Protector. CROMWELL se levanta, y con un gesto imperioso hace callar á la multitud.

Sobre esto roguemos al Señor con corazón humilde que nos persevere en su santa gracia. Os he hablado con el corazón en la mano, y como última súplica os pido perdón por haberos entretenido con mis palabras tanto tiempo.

Vuélvese á sentar.—Nuevos transportes y aclamaciones del pueblo. Los conjurados puritanos, desconcertados, guardan silencio sombrío.

OVERT. (Morirá en la cama!)

GARL. (Ya que le aplauden, que le sufran.)

VARIAS VOCES. ¡Viva el Protector de Inglaterra! Gloria al vencedor de Tyro!

OVERT. (Nos ha chasqueado! Alguno nos ha denunciado...)

BAREB. (Este es el único medio de salvar mis intereses.)

CROM. Lambert, comereis hoy conmigo. (Bajo.) ¿Por qué temblais ya si no está á vuestro lado?

LAM. Quién? (Asustado.)

CROM. Overton. Ya sé que érais del complot.

LAM. Milord, os juro...

CROM. No jureis...

LAM. Pero si...

CROM. Tengo testigos. Érais el jefe.

LAM. Yo el jefe!

CROM. De nombre... porque estábais asustado de vuestra propia audacia, y no os hubiérais atrevido á clavarme el puñal frente á frente.

LAM. Milord!

CROM. Me han asegurado que habeis sentido de pronto grandes deseos de vivir en la soledad, por lo que me presentareis en seguida vuestra dimision.

CROMWELL le despide con un signo. LAMBERT descende del estrado y vuelve á formar parte del séquito. CROMWELL vé en aquel momento el cetro que LORD BROGHILL ha depositado en las gradas del trono.

CROM. Qué hace ahí ese cetro? Quitad de ahí esa muñeca. Para tí, bufon.

(Indicando á TRICK.)

Redoblan las aclamaciones. Entra un ujier de la ciudad, se inclina ante el trono y se dirige á CROMWELL.

UJIER. Milord, el supremo Sherif.

CROM. Que entre.

Entra el supremo SHERIF.

CROM. Qué teneis que decir?

SHERIF. Milord, los prisioneros, los condenados á muerte...

CROM. Están ya ejecutados?

SHERIF. Todavía no.

CROM. Me alegro.

SHERIF. Hewlet levantó al amanecer la horca en Tyburn. Antes de ser conducidos al sitio fatal desean ser introducidos ante vuestra alteza. ¿Ordeno la ejecución ó la retardo?

CROM. Qué es lo que alegan?

SHERIF. Dicen que quieren hablaros.

CROM. Traedlos.

SHERIF. Aquí, milord?

CROM. Aquí.

A una señal de CROMWELL el SHERIF se inclina y se vá.

Doctor Lockyer, habeis sido elegido para edificarnos con la palabra santa; os espero. El tiempo pasa.

El doctor LOCKYER sube con embarazo al púlpito que está enfrente del trono.

LOCKYER. Milord, hé aquí el texto que he elegido.

CROM. Hablad, hablad.

LOCK. (Leyendo en una Biblia que tiene en la mano.)

“Un dia que se reunieron los árboles para nombrar rey, dijeron al olivo: Sed nuestro monarca...”

CROM. Hermano, ¿de dónde tomáis ese texto temerario?

LOCK. De la Biblia, milord.

CROM. De dónde?

LOCK. (Presentándole el libro.) Del libro de los Jueces; cap. IX, ver. VIII.

CROM. Callaos! Ese texto en nada se relaciona con las circunstancias. Podíais haber encontrado otro mejor en la Sagrada Escritura; como por ejemplo: "Maldito sea el que en su camino engaña al ciego errante.", O este otro: "El verdadero sábio se atreve y duda.", Podíais tratar esas y otras cuestiones ante un pueblo instruido, piadoso y grande; estoy cansado de oír esas predicaciones de colegio; bajad de ahí.

Nuevas aclamaciones. **LOCKYER**, confundido, baja del púlpito y se pierde entre la multitud.—Entra un ujier de la ciudad, que se pára en el umbral de la puerta grande y dice en alta voz:

UJIER. Milord, los prisioneros.

CROM. Que entren.

Entran los caballeros presos; **LORD ORMOND** vá al frente. Les precede el supremo **SHERIF** y vienen custodiados por arqueros y guardias del Municipio.

ESCENA XIII.

Los mismos, **ORMOND**, **ROCHESTER**, **ROSEBERRY**, **CLIFFORD**, **DROGHEDA**, **PETERS DOWNIE**, **SEDLEY**, **WILLIAM MURRAY**, **JENKINS** y **MANASSÉ**, con las manos atadas detrás de la espalda, con los pies desnudos y con una cuerda al cuello. El supremo **SHERIF**, arqueros de la ciudad y guardias del Municipio.

LOS GUARDIAS. Plaza! plaza!

Entran los caballeros y se detienen ante el trono de **CROMWELL**; **ORMOND** y **ROCHESTER** van en primera fila; conservan actitud serena, mientras que **MURRAY** y **MANASSÉ** parecen aterrados.

CROM. Qué es lo que quereis? (¡Si me pidieran perdon!)

ORM. Somos de hierro, y no venimos á implorar merced, favores ni perdon. Vamos á morir y hasta nos envanece el suplicio; nada es capaz de acobardarnos ni de envilecernos. Además, no debemos esperar piedad del Protector.

CROM. Pues qué es lo que quereis?

ORM. Saber qué camino habeis elegido para conducirnos al cielo. Nos han dicho que estamos condenados á la horca; pero, sabeis lo que somos?

CROM. Bandidos condenados á muerte.

ORM. Somos gentiles-hombres, y como vemos que lo ignorais, venimos á enseñároslo. Los que disfrutan de nuestro rango no pueden ser condenados á la horca; de ella está libre la nobleza; por eso venimos á reclamar.

CROM. Es eso todo? (Me piden que les perdone la vida.)

ORM. Sí, os pedimos que reflexioneis; reclamamos que en nosotros se cumpla la ley.

CROM. Entonces, ¿qué es lo que deseais?

ORM. Que se nos libre de la vergüenza de la horca y de sus indignidades y que nos corten la cabeza, ya que tenemos derecho á ser decapitados.

CROM. (Bajo á **THURLOE**.) (Estos hombres singulares no conocen el miedo, y hasta al cadalso sube con ellos el orgullo; su preocupacion les sigue hasta la eternidad.) ¿Quereis que al entrar en el cielo la puerta se os abra de par en par, y pensais que seria demasiado honor para el verdugo ahorcar á muy altos y poderosos señores? Sin embargo, en vuestras filas se encuentran algunos que pueden ser colgados, sin que sus antepasados se ruboricen, porque no los tuvieron nunca. Por ejemplo, ese judío y ese magistrado plebeyo.

JENCK. A mí no se me puede juzgar. Careceis de derecho para imponerme la muerte y para castigarme con cárcel ó con multa. Soy libre, y leo en la Carta normanda: *Nulus homo liber imprisonetur.*

ROCH. (Riendo á **SEDLEY**.) Ahora se nos descuelga citando leyes del tiempo del rey Arturo.

CROM. He conseguido apoderarme de vosotros, jefes y cómplices, haciéndoos caer en vuestras propias redes; ha llegado la hora de castigaros, y habeis elegido mal la ocasion para pretender mis favores.

ORM. No pedimos favores, milord; reclamamos un derecho de que goza la nobleza inglesa.

CROM. Habeis penetrado esta noche en mi casa, con la espada desvainada, despues de seducir mi guardia, creyendo, sin testigos, apoderaros de mí y en mi propio lecho; si hubiérais conseguido vuestro objeto, ¿qué hubiérais hecho de mí?

ORM. No os hubiéramos condenado á la horca.

CROM. No, porque teniais mucha prisa, y el puñal mata más pronto. Pero habeis caído en mis manos y os pregunto: qué deseais de mí?

ORM. Morir como caballeros y morir por nuestro rey.

CROM. Anciano, os vais á sentenciar vos mismo. Si hubiera caído yo en vuestro poder, me hubiérais perdonado?

ORM. No os hubiera concedido el perdon.

CROM. Pues yo os lo concedo.

Movimiento de sorpresa entre la multitud.

LOS CABALLEROS. Qué dice!

CROM. Estais libres!

ORM. Si supiérais quién soy!...

CROM. Eso no me importa. (Bajo á **THURLOE**.) Si dice quién es, no respondo de que el pueblo le respete.

Se vuelve de repente hácia **LORD BROGHILL**, que ha estado callando hasta entonces.

Lord Broghill, uno de vuestros antiguos amigos está en Lóndres.

ORMOND y **BROGHILL** se quedan asombrados.

BROG. Quién es ese amigo, milord?

CROM. Lord Ormond.

BROG. (Dios mio! Si sabrá...)

CROM. Hace cinco dias que está en la ciudad, y aquí teneis un paquete que debe interesarle.

Saca el paquete sellado que le cogió á **DAVENANT**.

Sabeis su direccion?

BROG. No, milord.

CROM. Bloum, en el Strand, Hotel del Raton.

ORM. (Examinando el pergamino que **CROMWELL** tiene en la mano.) (Davenant ha sido traidor y ha entregado á Oliverio la carta del rey.)

CROM. Devolved á Ormond esto de mi parte; si esa carta hubiera caído en otras manos, le hubiera comprometido. Decidle además que se ausente de Lóndres, ó por mejor decir, que no vuelva, y si necesita dinero, entregádselo de mi parte.

ROSEB. (Bajo á **ORMOND**.) Sois muy feliz! Si quisiera pagarme mis deudas!...

ROCH. (Bajo á **ORMOND**.) Me encanta su proceder delicado; os libra de la afrenta de que pronuncieis aquí vuestro nombre.

CROM. Milord Rochester!

ROCH. Qué dice vuestra alteza?

CROM. Que os concedo la gracia de que os vayais al infierno. Mi docto capellan, permitidme que os aleje de nosotros. Gracias á una fuerte multa impuesta, es caro jurar en Inglaterra; y como vos no podeis dejar de jurar, si os quedarais aquí os arruinariais muy pronto.

ROCH. Gracias por el buen consejo.

El pueblo se rie y se mofa de él.

(Aplaude, raza infame!)

CROM. Doctor, os ordeno que os lleveis á vuestra esposa.

ROCH. (Temblando.) A mi esposa!

CROM. Sí, á milady Rochester.

La señora **GUGELIGOY** descendiendo precipitadamente de la tribuna de la Protectora y se arroja al cuello de **ROCHESTER**.—La multitud silba.

GUG. Querido esposo! (Abrazándole.)

ROCH. (Esto me faltaba!)

CROM. Partireis juntos; no debe separarse una mitad de la otra. Seguid á vuestro marido.

TOMO III.

ROCH. (Sin duda quiere ver el efecto que producen nuestras dos mitades juntas.)

CROM. William Murray, recibireis la pena de azotes que merecis por el pueril complot que tramasteis contra mí, en nombre de Carlos Stuardo.

El pueblo aplaude.—Dos arqueros y dos servidores de la justicia se apoderan de **MURRAY**, que oculta el rostro con las manos, con vergüenza y desesperacion.—**CROMWELL** se dirige al rabino.

CROM. Ese judío, que hubiera sido un buen racimo de horca, queda libre.

MANASSÉ levanta la cabeza alegremente.—**CROMWELL**, volviéndose hácia **BARBONE**:

En castigo le condeno á pagar tu cuenta, Barbone.

BARBONE saca del bolsillo un pergamino largo, que remite á **MANASSÉ**.

MAN. (Examinando la cuenta.) (Dios de Sa- baot! Es carísima!)

CROM. Los demás presos quedan libres.

Los arqueros desatan á los caballeros.

THUR. (Bajo á **CROMWELL**.) (Todos, milord? Las circunstancias son tan graves que...)

CROM. (Tengo al pueblo de mi parte; para qué me he de ensangrentar?)

MURRAY se arroja de rodillas á los pies de **CROMWELL**.

MUR. Perdonadme, milord!

CROM. Del castigo del látigo? Debe honrarte que te azoten por servir á tu rey; de ese modo lograrás ser mártir!

Hace un signo y los arqueros se llevan á **MURRAY**. El Protector se dirige á la multitud con aire imperioso ó inspirado.

Pueblo inglés, perdonemos á nuestros enemigos vencidos; el elefante no debe aplastar á las serpientes.

El pueblo responde al Protector con largas aclamaciones.

Quiero que este dia sea notable por mi clemencia; id á buscar á Carr, que está preso en la Torre de Lóndres.

El supremo **SHERIF** sale.—**WILLIS** se acerca á **ORMOND**, que está entre el grupo de los caballeros.

WILL. Os felicito, milord.

ORM. (Asombrado.) ¡Me felicitaís cuando estais libre también! (Este hombre es un problema!) (Bajo á **WILLIS**.) Davenant es un traidor, y si le encuentro...

WILL. No lo creais; ya que habeis escapado del peligro, sed prudente.

CROM. Stoupe, mañana que embarquen en el Támesis á esos locos y que salgan de Lóndres.—Sir Hannibal Sesthead, aunque sois primo de un rey, quiero que sepais que yo solo mando en mi casa. Vuestras costumbres son muy ligeras, y habeis recogido en el extranjero hábitos que no convienen á mi pueblo: llevadlos á otra parte.

SEST. (Mejor perdona un complot que un sarcasmo, y por eso me castiga.)

Sale con sus pajes.—La multitud le silba y aplaude á CROMWELL.

OVERT. (Bajo á GARLAND.) Ha conseguido entusiasmar al pueblo; con sus golpes de efecto se lo ha atraído.

ROCH. (A ROSEBERRY.) Contra el Protector, Dios nos ha protegido.

CROM. ¿Qué hace mi bufon Gramadoch entre cuatro guardias?

UN ARQUERO. Este enano extravagante se atrevió á recoger el guante que arrojaron en defensa de los derechos de vuestra alteza.

CROM. Tunante!

GRA. Eso solo podía hacerlo un bufon.

CROM. Vete.

Sonriendo hace señas á los arqueros de que le suelten. El Protector se dirige á MILTON.

Estais contento, hermano? Yo estoy satisfecho de vos. ¿Teneis que pedirme algo?

MIL. Sí; una gracia.

CROM. Hablad y os la concedo.

MIL. Vuestra alteza ha perdonado á todos sus enemigos, excepto á uno.

CROM. A quién?

MIL. A Davenant.

CROM. ¿Pretendeis que perdone á Davenant, que es papista y espía del rey?

MIL. Permitidme que insista en ello. Era sublevado, es papista, y tramaba vuestra muerte; pero habeis perdonado á todos los que la intentaban.

CROM. No puedo; no hablemos más de esto.—Deseo, mi querido Milton, proclamaros poeta laureado.

MIL. No puedo aceptar esa honra, milord, porque el empleo no está vacante.

CROM. Pues quién lo desempeña?

MIL. Davenant; y ya que está encerrado en la cárcel, dejémosle su corona de laurel.

CROM. Eso son razones de poeta; ¿discurriendo de ese modo pensais regir á los gobernadores de los Estados, cuando pasais la vida atormentando las palabras para encajonarlas en metros frívolos?

MIL. Salomon compuso cinco mil parábolas.

CROM. (A su hijo.) Ricardo, ya que has de ser mi heredero, te debo abrir las puertas de la milicia y del Parlamento. Te nombro coronel, par de Inglaterra y miembro del Consejo privado.

RIC. (Con embarazo.) Pero... las ocupaciones de la Cámara... mis aficiones... me confunde tanta honra. Si me permitís que os diga lo que pienso, os

contestare que no valgo tanto como creéis y que me otorgais más de lo que deseo.

CROMWELL, descontento y desconcertado, le despidie haciendo un gesto.

CROM. (¡Si mi hijo segundo fuese el primogénito!... ¿De qué servirá todo lo que hago?)

Entra CARR acompañado del supremo SHERIF. Atraviesa por entre la multitud, contempla con indignación el aparato real que le cerca y avanza gravemente hácia el trono de CROMWELL.

ESCENA XIV.

Dichos y CARR.

CAR. Para qué me llamas? Ni los calabozos sirven de refugio contra el tirano. ¿Qué me quiere el apóstata y el tráfuga?

VARIAS VOCES. Que calle ese furioso! CROM. Dejadle hablar, amigos: cuando el cielo quiso experimentar á David, permitió que le anatematizara el hijo de Semey.—Continúa.

CAR. Este ha sido siempre tu sistema de hipocresía; ocultar sonriendo planes engañosos y cubrir tu frente infernal con un velo celeste; burlarte atormentando y hablar con ironía al corazón que gotea sangre; pero para romper tu cetro y tu máscara al mismo tiempo, el Señor me ocultó y me dijo:—Coge el laud, recorre la ciudad, arroja del templo de Cromwell al pueblo servil, pulveriza el altar y arroja su ídolo al fuego. Dile: El egipcio es hombre y no es Dios.—Has ascendido, Cromwell, hasta tu trono de gloria; pero tiembla, porque al día radiante sucede la oscura noche. Recuerda al cazador Nemrod: el Señor, triunfante, rompió su arco de hierro como un juguete de niño.—Señor de los potentados, Señor de los poderosos, tu brazo ha borrado á su capricho los límites de los Estados; la muchedumbre ante tí retrocede y tiembla, y el mundo es para tí una presa, de la que te has apoderado en tu marcha triunfal con tus grandes combates, y Dios te ha sostenido desde arriba y el pueblo desde abajo. Tú no eras nada por tí mismo. Eres el instrumento de la cólera celeste. ¿Dónde están los dioses de Emath? ¿Dónde están los dioses de Ava? Esos ídolos reinaron, y tú pasarás como ellos. Muy pronto los santos Gab, Zabulon, Azer, Benjamin, Nephtalí, subirán al monte Hébal para maldecirte; las mujeres y los niños te seguirán riendo; para tus ojos, que cega-

rá el infierno, el cielo será de bronce y la tierra de hierro. Te dormirás en lecho de púrpura, pero Dios te aplastará la cabeza entre dos piedras, y llegará un día en que veremos que los pueblos ilustrados con tus huesos apedreen á los tiranos. Porque ya hemos visto sobre tronos impíos Faraones en Menfis, sultanes en Etiopia, papas, duques, emperadores y déspotas divertirse en torturar á los pueblos. Pero entre todos los azotes que el Señor nos envía, no ha nacido mago, monarca, ni sátrapa tan atrevido, cruel y astuto como tú. Maldito seas!

CROM. Habeis concluido ya?

CAR. Todavía no. ¡Maldito seas al salir la aurora y al ponerse el sol! Maldito en tu corcel de batalla!

CROM. Y qué más?

CAR. En el aire que respiras, en el lecho que duermes, en la mesa que comes.

CROM. Basta! que vais á echar los pulmones. Escuchadme. Porque lo merecisteis estábais encerrado en la cárcel. Os abro las puertas y os perdono. Marchaos.

CAR. Y con qué derecho? ¿Con qué derecho me quieres arrancar del calabozo y romper las cadenas que tú mismo me has forjado? El Parlamento largo me encarceló; lo merecí por haberle hecho traicion y me castigó. Encerrado estuve en el fondo de una torre, sin ver la luz del día, sumido en perpétua noche, y tuve hambre y sed, pero el castigo era justo y lo sufrí. ¿Pero tú con qué derecho vienes á tocar el templo santo? Lo que los santos han ligado, tú no lo puedes desatar. Los santos me condenaron, y nadie más que ellos tiene derecho á absolverme, y ante ese pueblo vil yo marché con altivez, porque soy el último vestigio vivo de su autoridad. Prefiero mi muerte á tu destino, Cromwell; mi torre á tu palacio, y no cambiaria mi condena por tu crimen, ni tu cetro usurpado por mi cadena legítima. Si quieres abrirme las puertas de la prision y que goce de completa libertad, pon el Estado en equilibrio, restablece el Parlamento... Despues ya veremos. Vendrás conmigo, á mi lado, marchando los dos con la frente baja y atados con una sogá, y nos presentaremos á la barra á implorar nuestro perdon. Mientras llega ese día, déjame en libertad de volver á la cárcel.

Grandes risas en todo el auditorio.

Haz callar á tu jauría. Soy el único inglés quizás que, aunque encerrado en

mi calabozo, no te reconozco por señor; soy el único inglés que es libre. Desde allí te maldeciré, Cromwell. Me vuelvo á la cárcel.

CROM. Como querais.

TRICK. Se equivoca. No vuelve á su prision, vuelve á su palco.

Váse CARR con aire altivo y sale de la escama entre los sillidos del pueblo.

SYNDER. (Bajo á GARLAND.) Carr ha sido el único hombre que ha habido entre nosotros.

VARIAS VOCES. Gloria á los santos! Gloria á Cristo! ¡Gloria al Dios del Sinal! Dios conserve la vida del Protector!

SYNDERCOMB, exasperado por las imprecaciones de CARR y por las aclamaciones del pueblo, saca el puñal y sube al estrado.

SYNDER. (Agitando el puñal.) ¡Muerte al rey de Sodoma!

CARL. (A los alabarderos.) ¡Detened al asesino!

CROM. Dejad subir á ese hombre! ¿Qué quieres?

SYNDER. Tu muerte.

CROM. Te dejo en libertad. Vete.

SYNDER. Yo soy el vengador, y si tu impuro séquito no me cerrase la boca...

CROM. Habla.

SYNDER. No es esta ocasion de hablar; si no me detuvieran el brazo...

CROM. Hiere. (Presentándole el pecho.)

SYNDER. Muere, pues, tirano!

Vá á herirle, pero el pueblo se precipita sobre él y le desarma.

UNA VOZ. ¡Ya que con el asesinato responde á la clemencia, que perezca el asesino, que muera el parricida!

El pueblo, indignado, se apodera de SYNDERCOMB y le arrastra fuera de la sala.

CROM. (A THURLOE.) Id á ver lo que sucede.

THURLOE sale.

OTRA VOZ. Que muera el pérfido!

CROM. Hermanos míos, le perdono, porque no sabe lo que se hace.

UNA VOZ. ¡Que le arrojen al Támesis! Que le echen al agua!

THUR. (Que entra.) El pueblo ya está satisfecho, porque lanzó al río al furioso apóstol.

CROM. (La clemencia es un medio excelente de gobierno.)

Pausa.—Oyense los gritos de alegría y de triunfo de la multitud. CROMWELL, sentado en el trono, saborea con fruición la aclamaciones delirantes de la muchedumbre y del ejército.

OVERT. (Bajo á MILTON.) Ese ha sido una víctima humana inmolada al ídolo; ya dispone de todo, del ejército y del pueblo. Tiene todo lo que necesita para